

Una literatura tan técnica...¹

“La gran literatura es simplemente lenguaje
cargado lo más posible de sentido”.
Ezra Pound. *El ABC de la lectura*

“Este país es libre y salvaje, piensa que ya llegó, pero donde está, no hay nada, su avidez permanece sin respuesta. Piensa en los miles de hombres que antes habitaban estas tierras, en las largas listas de nombres sobre los pequeños monumentos de los pueblos dedicados a los muertos. Su percepción de lo real tiene el acento del sentimiento, su sentimiento tiene la clarividencia de la percepción de lo real. Hace bueno, sólo una ligera bruma vela el azul perfecto del cielo donde la luz, blanca, sólo es un vaho; los escalofríos del aire le parecen alientos. El sol gira en el cielo como una piedra de molino. Es raptado de nuevo por sus sueños. De sus antepasados lo sabe todo, lo ignora todo. Hace tiempo que dio marcha atrás. Puede pasarse horas tirándole piedras a un perro infatigable. Puede repetirse cien veces “estoy solo, estoy solo”, se deduce de la carne muerta. Su tiempo le resulta de repente tan im-

¹Ensayo original traducido del francés por la redacción de *Semiosfera*.

probable... La vegetación es pobre y parsimoniosa. Se promete no engañarse con tanta belleza, con la fuerza tranquilizadora de las líneas, se obliga a pensar en la muerte que todo esto también representa pero, pese a él mismo, le invade una tranquila plenitud. Culpa a la sombra profunda de las suaves colinas. A su derecha se despliega una rocosidad con víboras, desprovista de árboles. Al borde de las colinas duda el aire. Hay que retener el corazón. Pocos caminos, pero una espuma elástica de hierba permite caminar por todas partes. Aquí los encuentros son mínimos, a veces un silencioso buscador de setas, algunos pájaros lejanos, al cabo de un bosquecillo alguna ardilla que huye por una rama, un conejo de monte alocado, bosques y rocas que callan, arbustos y rocas. Nubecillas, en grupos de dos o tres, pasan por el cielo de la tarde. Su oreja se alza en el silencio sobre un vacío de sí mismo que carece de eco. Lleva a todos sitios sueños infantiles que sólo buscan activarse”.

¿Es literario este texto? ¿Qué es necesario para que éste —o cualquier otro— sea leído como una obra literaria o un fragmento de obra literaria? ¿Cuáles son las condiciones de la literatura? No se trata de su autor, que nadie conoce, ni del contexto en el que podría integrarse, porque la “realidad” de este texto, ofrecido de forma abrupta, fuera de toda referencia, está ausente: *stricto sensu*, este texto no habla de nada.

El “él” de su personaje no se refiere a nadie, carece de correspondencia con la realidad, como el país descrito, que sólo alcanza apariencia de existencia por la acumulación de palabras: “roco-

sidad, rocas, colinas...” que, aunque puedan nombrarse, no pueden en modo alguno designarse.

Nombrarlas de modo más preciso, ceder a la tentación del nombre propio, nada puede cambiar. Aunque se convierta el “él” del texto en “Don Juan”, o incluso en “Pierre Ménard”, aunque —eterna tentación del nombre propio que sólo especifica la pragmática del mundo— se disfrace la tierra, como los pueblos, con un nombre conocido o creído familiar, aunque se precisen las rocas con un color, “grises, oxidadas o de un verde musgoso”, nada se puede contra este hecho crudo: el mundo del que hablan no es sino un mundo de palabras. A diferencia de la historia, de las memorias, de los relatos de viajes o del periodismo, cuyas palabras se asientan en la relación con objetos accesibles del mundo, la literatura es el lugar de la mentira. Si los mundos de los que habla son mundos “posibles” no son mundos “verdaderos”. Un texto literario es un texto que lleva en sí mismo la integridad de su contexto o, más exactamente, que crea él mismo su contexto. Así, todo texto se cierra sobre sí mismo, liso, inaccesible a las apropiaciones externas: el mundo verdadero no lo penetra.

En este sentido, el texto no existe más que en la connivencia: al no poder ser validado por el testimonio del mundo, no tiene como verdades

más que aquellas que una lectura quiera acordarle. El mundo del texto no alcanza a existir más que porque su lector lo acepta. A diferencia de la biografía —aunque no de la autobiografía, que suele jugar con esta ambigüedad—, del reportaje o del relato histórico, de cuyas palabras puede dudarse porque no tienen legitimidad más que si se apoyan en las pruebas irrefutables de múltiples testimonios, las palabras del texto literario son irrecusables: no tienen que aportar otras pruebas más que las que llevan en sí mismas. Hace bueno, lo mismo hubiera podido llover, nevar, o todo a la vez. Las palabras ponen a prueba, a veces hasta lo absurdo de una realidad imposible, la cooperación del lector. Porque todo texto exige, en cada lectura, una confianza ciega y porque todo lector es, cada vez, un lector único, el texto permanece disponible, desnudo, para cada nueva lectura.

Crepúsculo...

no tengo ni siquiera piedad de mí mismo
veo árboles desnudos
espero que la hora se añada a la hora
rutas que se esparcen rumor sordo de savias
que ascienden por las plantas rústicas
árboles de viento
boj

de donde viene este silencio
en la mirada el relámpago frío de los lagartos

la oscuridad ligera la hora
se funden en la luz y el rojo de los prados

¿hacia dónde avanzamos?

Mentiras

la hora se funde en la luz te
abrazo contra mi pecho
aroma de almendras
voz desconocida en el puente del sol
nuestras miradas encienden sus lejanos
tiempos de palabras
prolongo el recuerdo del día
tinto sin moverme
el viento se lamenta
mis palabras se encastran en sus mentiras
los sonidos se enroscan en los oídos
sombra al acecho
nada más
escucho relinchar el viento
y nuestro amor permanece inmóvil

la realidad nos alcanzará algún día

Las palabras de los textos están vacías y se encastran, se traspasan, en sus mentiras. ¿Cuál es “ese día” que el recuerdo prolonga? ¿Cuál es ese “puente del sol” que no existe en ruta alguna? Sólo el mecanismo de cooperación que implica toda lectura permite unir a la ilusión una realidad, aquella de la que el lector, solo, es portador pero de la que, sin el texto, no hubiera sabido ser consciente.

El texto no es sino un mediador, y debido a que el hombre vive en un mundo de palabras, y a que esas palabras memorizan todas sus relaciones con el mundo, les concede un poder real sobre la existencia. Las palabras “no pueden” dejar de hablar del mundo y, aunque nunca lo haya oído, al “escuchar relinchar el viento”, reconoce algo así como un viento familiar cuyo soplo había olvidado. Las palabras del mundo forman para el lector su mundo. Así lo alcanza la realidad. Pero esta realidad a la que se une no es una realidad externa, separada de él, impuesta por los posibles del mundo, sino una realidad recompuesta, reconstruida: su realidad. La única que permite la disponibilidad significativa de las palabras, de las palabras que sólo son palabras —es decir más que sonidos o imágenes: catalizadoras de sentido— debido a que ese lector no las descubre sino que las reconoce, las extrae de su redes de memoria.

La construcción del sentido que permite la lectura se hace por medio de una reintroducción, de la invención de un contexto: la total disponibilidad del texto que se da como literario autoriza múltiples contextualizaciones. Ese “sol” del que habla el texto, ese sol fundamentalmente desconocido, sólo encuentra su realización en la extracción del conjunto de todos los soles vividos por el lector. No es que X e Y compartan un mo-

mento, no se trata de aquel sol atestiguado por los anales metereológicos o fijado en tal o cual fotografía, es una “palabra-sol”, un sol disponible, concepto de sol abierto a cualquier apropiación, sol capaz, “como una piedra de molino”, de girar en un cielo o de establecer puentes. Porque en el conjunto de los recuerdos vividos por el lector —por poco que éste sea acepte “interpretar el papel”— piedras de molino, soles y puentes virtuales se esparcen y se entrelazan con los recuerdos de una existencia construida con impresiones fugitivas, con remembranzas diversas, con situaciones fluctuantes, con entramados de hechos que, a través de los hilos de lo vivido, encadenan esas palabras a momentos del mundo. Entre dos situaciones, entre dos palabras, cualquier lector tiene siempre la capacidad —al menos si acepta ese poder— de construir un camino. Por naturaleza, ese camino sólo es suyo: toda lectura es solitaria y sitúa a su lector como sujeto autónomo...

A este nivel, para que funcione la lectura sólo son necesarias pocas cosas: basta que las mentiras, los vacíos, los olvidos del texto se acepten en la óptica particular de una lectura polisémica, subjetiva; que se reciba el texto como totalmente disponible para los mundos de los lectores, no como lectura monosémica cerrada sobre la veracidad jurídica del testimonio. Cada uno en su lugar, texto y lectura, deben de ese modo jugar su

papel para impulsar la máquina de producir sentido. El juego de la lectura está en la aceptación, en la disponibilidad ávida de los posibles de un texto; el juego del texto consiste en el tejido de las tramas múltiples donde se injertan todos los posibles de una lectura.

Complementarios, texto y lector tienen cada uno, siempre, necesidad del otro, el texto para cobrar vida fuera de las palabras, el lector para poderse leer.

Ninguna necesidad hay de autor en ese movimiento. El texto puede perfectamente no surgir de sitio alguno, le basta con existir como texto en el mundo de los textos, con ser reconocido como tal. Una página de calendario, unas palabras elegidas al azar, unos fragmentos juntados de diálogos, *collages* más o menos aleatorios, pueden muy bien jugar ese papel. Admitido desde el origen el anonimato del autor, nadie tiene necesidad de saber quién es el que lo ha escrito. Biblia, cuento folklórico, romancero, o *Canción de Rolando*; Pessoa puede firmar varias obras siempre que haga creíbles varios autores, Shakespeare puede esconder a un desconocido, Homero a un viejo ciego o a un aerópago de contadores: la firma de un autor no es más que un índice, un modo particular entre otros posibles de acreditación de contexto. Nada de la realidad de los

“autores”, nada lo que vivieron importa; ni siquiera aunque, paradójicamente, lo vivido o lo que parece que se percibe, pueda también inscribirse como uno de esos contextos en el imaginario de las virtualidades de lectura...

Porque “el ser” que se designa bajo el término genérico de autor no es sino un técnico que pone en marcha el movimiento de un texto. ¿Qué importan por lo tanto los autores? ¿Qué importa el de los textos que se incluyen más abajo?

¿Qué importa, por lo tanto, que su “autor” sea un ordenador?

Dados como textos en el mundo de los textos, resisten como tales o son inadmisibles. Pero esto sólo pueden decirlo las lecturas.

Por lo tanto, siempre que los textos funcionen, la escritura informática no cambia nada en la relación de un texto con sus lecturas. La escritura informática no es sino una técnica particular, elegida por diversas razones contingentes entre otras técnicas más o menos artesanales. Y si la escritura informática tuviera como único fin ocupar el espacio habitual de los demás textos, bastaría con conservar la anonimidad o la cómoda ficción del apócrifo: el autor desconocido de un programa ignorado firmaría la escritura de tex-

tos que nunca habría escrito y cuya esencia no habría conocido jamás. Más que en cualquier otro caso, el autor sería una ficción del texto.

Así, mantenidos en su espacio convencional, estos textos, como los demás, estarían dispuestos para las mismas funciones de lectura.

Palabras del silencio, poema n° 898

en las glorietas del horizonte los árboles no
dejan de hablar
he aquí de qué
está hecho el canto sinfónico de la muerte
cantos
de pájaros ecos de nuestro amor
nada detiene la mirada la vida está aquí
las miradas se entrechocan
en el aire árboles amenazados
cantos cuál es ese
silencio oigo verde tierno sobre verde claro de
las voces
nadie sale y nadie
vuelve cielo nublado miro
una vez más de nuevo el paisaje empapo
las manos en el Oceano
el mundo está lleno de olores

Textos dispuestos, por los mismos motivos que los demás, a las funciones de las lecturas siempre que se produzcan en uno de los contextos ordinarios del texto, lo impreso, la lectura pública o, mejor, lo esto disimula: la circunspección.

Porque lo que cambia es la intrusión del nombre.

Poema nº 3.214, poema nº 453.212... La multiplicidad introduce en la lectura, como un culatazo, una burla. Es imposible publicar, leer, la totalidad de los textos posibles de un generador: 10^{15} , 10^{56} , 10^x ... El número cobra sentido en sí mismo y exige modos particulares de mediación: carteles móviles, exposiciones, puestas en escena diversas... Lo que cambia, en efecto, es la multiplicidad de textos que la técnica permite. Inextinguible, el texto informático perturba al lector por la afirmación ostensible de un exceso de mundos posibles. Lo desestabiliza, desnudando la mentira fundadora de la literatura en la que es más fácil creer: considerar que en el origen de todo texto se encuentra un escritor, incluso si esta cómoda ficción no juega ningún papel en la lectura. Porque este escritor escribe. Y, por el intermediario de un instrumento cualquiera, sólo alinea determinadas palabras para producir el sentido particular de una experiencia única que se transmitirá en su íntegra originalidad a un lector que, gracias a la lectura, la hace suya.

Pero no es necesario el autor porque sólo es necesario el texto. La precisión, la elección meticulosa de los términos se borra ante su subjetividad. ¿De qué sirve elegir con todo cuidado

entre “voz desconocida sobre el puente del sol” y “voz olvidada sobre el muelle del sol” si cada uno de esos fragmentos de frase no tiene otra función que la de desencadenar interpretaciones personales de cada uno de los lectores? La cantidad hace literalmente imposible la lectura y revela la riqueza inalcanzable de las variantes que trabajan la subjetividad...

Palabras 23.432 a 23.584 del texto nº 657

...No se fía de la palabra recogimiento, concede la preferencia al futuro. Cuervos, boj, rocosidades y trino de clarinete: verde-amarillento. Camina. El ritmo aparente del tiempo no ha cambiado, el camino de su memoria es tortuoso, el mundo de su infancia tiende a ocupar el espacio vacío. Se echa, la espalda sobre el suelo áspero, se abisma en una prolongada contemplación del cielo, como si quisiera fundirse en la arcilla. Oye silbar en el viento discursos demasiado convencidos: “paisaje magnífico, sobre todo no cambiar nada, proteger esto, turismo selectivo, protección, conservar...”, piensa que la muerte hizo ya su labor. Duda seriamente de la existencia, intenta probarse siempre que sigue siendo verdadero, que sigue viviendo. Algo debe producirse... Sueña que siempre vivió en estos lugares. “¡Dejadme deciros cómo debéis ser amados! Temblor de sombras: oye la paz temerosa del paisaje, se codea constantemente con lo invisible, sueña aún que todo esto podría cambiar...

Infinito en su número, el texto generado también lo es espacialmente.

El texto informático crea una nueva forma sin principio ni cierre, un texto que, como la palabra, se desarrolla por su propio movimiento; un texto que se mueve, se desplaza ante nuestros ojos, se hace y se deshace: un texto panorámico. Lo contrario de una literatura comercial que, para no desestabilizar a sus lectores reproduce, casi idénticamente una infinidad de libros intercambiables en cada momento: novelas... Aquí, el texto sólo se constituye a sí mismo, o mejor dicho, evoluciona constantemente, se cambia en cada momento en ese otro texto que también es, siempre inscrito en la novedad radical de un eterno "ahora". Como un investigador de laboratorio, el lector, sin cesar, se ve confrontado a una infinidad de variaciones bajo las cuales, poco a poco, es conducido a no leer más que el concepto dominante. La lectura se convierte en lectura de la lectura, lectura de su subjetividad, y no búsqueda de la subjetividad en la lectura.

Aislado, un texto informático se somete a la lectura normalmente subjetiva, inscribe en el movimiento de sus generaciones un texto informático introducido en un lectura de sus propios mecanismos de relatividad, sitúa el sujeto ante el deseo personal del hacer.

Por esto molesta, porque por encima ya no haya nadie. Al no poder ya protegerse detrás de

la cómoda coartada del autor, el lector ya no se refiere más que sí mismo. Si este texto le habla, tiene que haberlo escrito él mismo porque, al leerlo, es él quien lo construye. La sustitución del autor-hombre por el autor-máquina revela brutalmente el vacío del sujeto: éste no usa su lenguaje mejor que la máquina.

La literatura informática se sitúa radicalmente fuera de la ideología literaria: ni inspiración, ni experiencia original, ni intención, ni genio... Niega el refugio de un exterior colmado para dejar al lector sujeto solo frente a sí mismo.

La literatura informática sólo se interesa por lo que constituye el fundamento de la especificidad literaria. El texto informático enfrenta al lector con la subjetividad de su lengua. Las palabras que lee no tienen fuerza porque hayan sido emitidas por un espíritu inaccesible superior y tranquilizador, sino porque extraen de sí mismas la fuerza para reconsiderar su lengua y saber elegir. Entre la lectura de los textos informáticos y la escritura la distancia se ha acortado, la literatura informática se sitúa primeramente como una técnica y por eso expone sus variantes.

Futuros..., poema n° 3521

la vida coge las frambuesas
salvajes la vida

bordonea
olor de mar el amor hace su capricho
equilibrio inestable del viento
terrazas de agua negra
espero espero empapo
mis manos en el Oceano las
miradas incendian los
lejanos el viento hacia mí
se inclina adivino la
palidez del día más puro que el día
mismo
cielo fijo no miro sino a lo lejos

Esta literatura se pretende, por lo tanto, primero, como una literaturización de la técnica, porque, en su multiplicidad y en sus variantes, revela ante todo sus posibilidades y sus cambios. Incluso si no es una novedad absoluta en la historia de la literatura, donde la tentación de la puesta en escena de un aparataje “técnico” ha existido siempre, de forma más o menos marginal, la informatización de su tecnología sitúa a la literatura en una posición más radical: la inmediatez de la generación y de su infinitud teatralizan los formalismos de los que se extraen los textos. El concepto operativo de autor se define porque lo que importa es la memoria “histórica” de las formas y su desplazamiento. Nada de ruptura, sino prolongamiento hasta el exceso. El personaje que no hay más remedio que denominar “autor” informático no pretende negar la tradición con una modernidad radical, sino que busca algo así

como una lectura nueva o, al menos, insólita. Sólo pretende enriquecer las posibilidades de los textos. La literatura informática deja de lado la ficción de la ficción para no interesarse, prioritariamente, más que en la formalización de la producción subjetiva del sentido. Sólo se interesa, por lo tanto, por lo infinito de la literatura. El texto informático niega la caricatura de la fijeza, la dictadura del tiempo, teatraliza un fantasma de eternidad.

El autor aquí no concibe los textos. Como mucho, concibe virtualidades, algo así como un panorama esquemático de una literatura inexistente. Planifica condiciones, constricciones: rodajes. La palabra, para él, no existe en una relación particular con una realidad dada, sino como elemento de un diccionario posible; el contexto no hace referencia al mundo, sino a las constricciones de coherencia que imponen las leyes percibidas en la lectura; las citas son referencias móviles del material de la memoria; la sintaxis es un abanico de elecciones; el ritmo, un conjunto de variantes más o menos matemáticas del que sólo percibe el efecto *a posteriori*: ante los textos generados por la maquinaria de su imaginario, tiene siempre el papel de un lector crítico.

De ese modo juega el papel del creador.

Al tomar decisiones abstractas, el autor “informático” es un ingeniero del texto que sólo puede medir los funcionamiento de su obra cuando el conjunto de la máquina ha sido construido. Lo que da a leer es, a la vez, el texto y modo de usarlo. Como cualquier técnica cuyo uso pretende permitir la autonomía del usuario, la lectura del texto informático invita a integrar el modo de uso, al hacer del lector un autor.

La literatura informática no se establece contra “la otra” literatura, no se vive a sí misma como ruptura. Pertenece a su estirpe más limpia y busca con los lectores, por la subjetivación operativa del lenguaje, ocuparse por sí misma de su propio mundo.

Université de Paris VIII

